

dia él por sí, lo que la Escritura no decide, determinando los dogmas que era necesario creer para salvarse? No era fácil responder á estas preguntas. La Reforma lo conoció y los socinianos fueron admitidos á la tolerancia\*. Se permitió negar la Divinidad de Jesucristo, la Trinidad, la eternidad de las penas, todo lo que se quiso.

¿Para qué servian ya las confesiones de fe, sino para turbar la razon y la libertad que tienen todos os hombres, de interpretar por ella la Escritura? La enseñanza aun la mas sencilla, preocupando el entendimiento de los pueblos con ciertas opiniones, propendia á la substitution de la autoridad de los ministros, por el examen particular absolutamente indispensable, con arreglo á las máximas de los protestantes. Los brownistas ó independientes, tan luego como reconocieron estos inconvenientes, desecharon

\* M. d'Huisseau, ministro de Saumur publicó, quince ó veinte años ha, *la Reunion du Christianisme*, bajo el pié de la tolerancia universal, sin excluir á herege alguno, ni aun á los socinianos. BOSSUET, *Sixième avertissement aux protestans*. part. III, n. 5. — Estos sentimientos estaban por éntonccs con extremo esparcidos, como confiesa Jurieu, entre los calvinistas de Francia, de Inglaterra, y de las Provincias-Unidas.

todas las fórmulas, los catecismos, los símbolos, aun el de los Apóstoles, para atenerse, como ellos decian, á la sola palabra de Dios. Estos eran sin contradiccion los mas consecuentes de todos los reformados.

A pesar de todo, el fanatismo, abusando del texto sagrado, multiplicaba las religiones al antojo de sus locas visiones, y la Reforma se pobló de mil sectas extravagantes, que, por mas absurdas, por mas contradictorias, que fuesen, todas tenian derecho igual á la tolerancia. De este modo se vino á establecer poco á poco el *latitudinarismo* mas excesivo. Sus progresos eran, además, favorecidos por una disposicion particular en que se hallaban los espíritus, y vino á generalizarse entre los protestantes, distantes por su genio del exceso del fanatismo. El calor con que sostenian ciertos sectarios, dogmas evidentemente impíos ó insensatos, les inspiraba un secreto disgusto á toda especie de dogmas. La razon, incapaz por sí sola de sostener el peso de los misterios, rebajaba todo lo elevado del Cristianismo, y, á fuerza de cavar por encontrar el cimiento, acabó con no dejar piedra sobre piedra.



Disminuyendo siempre, y simplificando sin cesar, ha venido á ser la Reforma una religion á pié llano, de que acusaba Jurieu á los indiferentes ser los introductores, y de que con el nombre diferente, no es mas que un deismo tímido y mal disfrazado. A tal estado han reducido la Religion en Inglaterra Hoadly y sus discipulos. Forzados por sus principios de tolerar aun á los mahometanos \*, aun á los deistas \* aun á

\* Véase *Millner's letters to a Prebendary*.

\* El doctor Watson, que murió poco ha siendo obispo de Saint-Asaph, salva sin dificultad á los deistas de buena fe, cuya conducta es moralmente buena. « Nosotros los cristianos, dice, esperamos y creemos que el gran Juez considerará nuestros hábitos de estudiar y de reflexionar, á causa de diversas circunstancias, que influyen en la mente de los hombres con una eficacia, que no podemos calcular ni comprender.—*I have not had so little intercourse with mankind, nor shunned so much the delightful freedom of social converse, as to be ignorant, that there are many men of upright morals and good understandings, to whom, as you express it, a latent and even involuntary septicism adheres, and who would be glad to be persuaded to be christians: and how severe soever some men may be in their judgements concerning one another, yet we christians, at least, hope and believe that the great Judge of all will make allowance for our habits of study and reflexion, for various circumstances, the efficacy of which in giving a particular bent to the understandings*

los paganos \*, han abierto un abismo donde vienen á caer todas las religiones, ó mejor á perderse; porque no puede existir alguna, sin desecharse todas las otras: ellas espiran abrazándose. Destruyendo la barrera, que separa el Cristianismo de los cultos inventados por el hombre, se borra hasta la señal distintiva del verdadero cristiano. El bautismo, pues, cuya necesidad en-

« of men, we can neither comprehend nor estimate. » No hace mal el doctor Watson, segun se ve, en elogiarnos « esta moderacion de la Iglesia anglicana, por lo que permite-ella á cada individuo *et sentire quæ velit, et quæ sentiat dicere.* »—*An Apology for christianity, in a series of letters, addressed to Edward Gibbon, by Rev. Watson, professor of Divinity in the university of Cambridge.*

\* El autor de una refutacion de Gibbon titulada: *Remarks on the two last chapters of M. Gibbon's History of the Decline and Fall of the roman Empire, in a letter to a friend*: es decir, *Apuntes sobre los dos últimos capítulos de la Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano, por M. Gibbon*, protesta, en nombre de la iglesia anglicana, contra la doctrina que Gibbon atribuye á todas las iglesias cristianas, tocante á la condenacion de los idólatras: « No temo afirmar, dice, que las suaves decisiones de nuestra iglesia, no están afeadas con una mancha tan negra como lo seria la condenacion de los mas sabios y de los mas virtuosos paganos. — *I cannot but presume to enter a protest against our author's judgement, at least in the name of one church, the church of England; and am bold to affirm that her mild decisions are not stained with so foul a*



seña el evangelio tan claramente<sup>1</sup>, no es á los ojos de Hoadly mas que un vano rito, una ceremonia pueril, y, en algunos Estados protestantes, se ha visto precisada á intervenir la autoridad civil, para impedir su total abolicion. Si el niño es todavia en estos Estados un ser sagrado, si la religion rodea su cuna con una proteccion poderosa, deben darse gracias á la política que ha defendido á la humanidad, contra la inexorable indiferencia de una bárbara teología.

Han pasado estas doctrinas anti-cristianas de Inglaterra á la América. La juventud las aprende en la universidad de Cambridge, desde donde las lleva á todas las provincias de este vasto continente. Allí tienen su gérmen, allí se desenvuelven con una prontitud tal, que ya la Reforma vieja parece casi sofocada por su sombra. Allí, como en Europa, los ministros de las diversas sectas, evitan chocarse mutuamente, predicando dogmas contestados, y como lo están todos, no se enseña ya ninguno: se contentan con disertar

<sup>1</sup> blot, as the condemnation of the wisest and most virtuous pagans.

<sup>2</sup> S. JOAN., III, 5.

vagamente sobre la moral, que se mira como la sola esencial, á imitacion de los deistas. La Biblia, desprendida de toda explicacion, se pone, á fuerza de grandes gastos, entre las manos del pueblo, último juez de las controversias que agotaron la sagacidad, y apuraron la paciencia de sus doctores; y con darle al pueblo un libro que no lee, ó que lee sin comprender, se piensa haberle dado una religion.

La Alemania protestante ofrece un espectáculo, acaso mas deplorable aun. Parece que se ha tomado allí como por tarea el destruir toda la Escritura, sin embargo de que no se cesa de reconocerla en apariencia por única regla de fe. Se sostiene que Jesucristo jamas tuvo el intento de fundar una Religion diferente del judaismo; que la Iglesia, obra del acaso, no fué al principio sino una reunion casual de individuos, ó de pequeñas sociedades particulares, de las que se valieron ciertos hombres ambiciosos, auxiliados por las circunstancias, para formar una confederacion general<sup>1</sup>. Con ayuda de lo que se llama

<sup>1</sup> Geschichte der Christlich-Kirchlichen Institution von



*exegesis* (ó exposición) *bíblica*, es decir, de una crítica sin freno, se niegan las profecías, los milagros, la verdad del relato de Moisés; y el Génesis, á juicio de estos doctos intérpretes, viene á ser un tejido de alegorías, ó, para explicarse en su language, *mythos*, ó meras fábulas.

¿Quién probará que estas interpretaciones cómodas, recibidas hoy por lo general, hieren el fundamento del Cristianismo? Parecen opuestas á la Escritura, es cierto; pero si bajo este pretexto se desechaban, al mismo tiempo se debería desechar la regla que prescribe *violentar* en ciertos casos *el texto sagrado*. No se podría pues rehusar el tolerarlas, y aun siendo consecuente, admitirlas como mas *claras* y satisfactorias para la razon.

Así es como se llega al *Cristianismo racional*, tan ponderado en Alemania y en Inglaterra. Exclúyese de la Religion todo lo que no concibe la razon, por consecuencia, todos los miste-

D. Planck, tom. I, cap. 4. — Kirchenstaat der drey 1<sup>ten</sup> Jahrhunderte von J. Bohmer, pag. 8. — OBERTHUR, *Idea Biblica Ecclesie Dei*, tom. I, pag. 4, 6, 100, 104.

rios y todos los dogmas; porque no hay un solo dogma, que no incluya algun misterio, supuesto que no hay alguno que no toque á lo infinito por algun lado. ¿Qué resta entonces sino el deísmo? Pero no es posible pararse aun en el deísmo, el principio arrastra mas allá; se ve uno forzado á *violentar*, no solo la Escritura, mas tambien la razon, la conciencia, el testimonio unánime del género humano: se ve uno forzado á negar á Dios; porque es preciso confesar que *misterios incomprensibles le cercan*<sup>1</sup>. En llegando á este punto cesan divisiones; no porque las doctrinas estén de acuerdo, sí, porque ya se han aniquilado. La discordancia de las opiniones, la diversidad infinita de creencias, llenan todo el espacio que separa la Religion católica del ateísmo: no se halla la unidad sino en estos dos términos extremos: *unidad de fe* en la Religion católica; porque encierra la plenitud de la verdad; *unidad de indiferencia* en el ateísmo; porque no es en la realidad mas que la plenitud del error.

Trabajan en vano los protestantes por mante-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.



nerse á una distancia igual entre estos dos extremos; no sufre la razon que se la retenga entre dos. Tolerar dogmáticamente un solo error, es empeñarse en tolerarlos todos. Este es el problema que se debe resolver en este caso: conservar el Cristianismo sin exigir la fe especial de dogma alguno. Jamas se halló ni se podrá hallar otra solucion que la de Chillingworth, quien reduce los artículos fundamentales á « una fe implícita en Jesucristo y en su palabra ».<sup>1</sup> El ministro ingles se vió forzado por Bossuet á restringir aun mas este símbolo ya tan breve, imponiéndole este hasta la tolerancia del ateismo, sin que pudiera defenderse. « Esta fe, pues, con que se contenta, » decia el Obispo de Meaux, « yo creo lo que quiere Jesucristo ó lo que enseña su Escritura, no es mas que decir: Yo creo todo lo que quiero, y todo lo que me agrada atribuir á Jesucristo y á su palabra, sin excluir de esta fe, religion y secta alguna de las que admiten la Escritura Santa, ni aun los Judios;

<sup>1</sup> *La Religion des protestans une voie sûre au salut. Rép. à la Préf. de son advers., n. 26.*

« porque ellos pueden decir como nosotros: Yo creo todo lo que Dios quiere, y todo lo que él hace decir del Mesias por sus profetas: lo cual encierra otra tanta verdad, y en particular la fe de Jesucristo, como la proposicion con que se contenta nuestro protestante. Se puede tambien formar segun este modelo otra fe implícita, que pueden tener el mahometano y el deista, como el judío y el cristiano. Yo creo todo lo que Dios sabe; ó, si se quiere, se puede llevar aun mas adelante, y darle tambien al ateo, para decirlo así, una fórmula de fe implícita: Yo creo todo lo que es verdadero, todo lo que es conforme á la razon; lo que implícitamente lo contiene todo, y aun la fe cristiana; pues que sin duda ella es conforme á la verdad, y que nuestro culto, como dice San Pablo, es razonable\* ».

\* *Sixième avertissement aux protestans, part. III, n. 109.* Reconociendo Chillingworth la fuerza de los argumentos, procura volverlos contra los católicos, modo de argüir muy vicioso en el caso presente. Porque, si él tuviera razon, probaria únicamente que la Religion católica es falsa, y no probaria, como debe, que el protestantismo es verdadero. ¿Por qué reglas de derecho se justificará uno de un crimen, acusando á un tercero de haber



Bayle, aunque, como protestante interesado en sostener el sistema de los puntos fundamentales, pensaba del mismo modo sobre esto que Bossuet. Prueba: que segun los principios de

participado del mismo crimen? Además, que la acusacion del ministro es de falsedad manifiesta. « ¿Porqué, » pregunta él á un católico, « no bastaria una fe implícita en Jesucristo y en su palabra, tanto como una fe implícita en vuestra Iglesia? » Dejamos que Bossuet responda. « Nadie hay que no conozca la diferencia entre un católico, que dice: *Yo creo lo que cree la Iglesia*, y nuestro protestante, que dice: *Yo creo lo que Jesucristo quiere que yo crea, y lo que él ha querido enseñar en su palabra*: porque es muy fácil ver lo que cree la Iglesia, cuyas expresiones sobre cada error están á la vista de todos; y si quedan algunas obscuridades, siempre está viva para explicarse, de modo que estar dispuesto á creer lo que cree la Iglesia, es someterse claramente á la renuncia de sus propios sentimientos, si son contrarios á los de la Iglesia, lo que puede entenderse con facilidad: lo que incluye una renuncia de todo error, que ella condenó. Mas el protestante que yerrá está muy distante de esta disposicion; pues por mas que diga: *Yo creo todo lo que quiere Jesucristo, y todo lo que está en su palabra*: Jesucristo no vendrá á desengañarle de su error, y la Escritura no tomará tampoco otra forma que la que tiene para el mismo efecto: de tal modo que esta fe implícita, que se precia de tener en Jesucristo y su palabra, no es en substancia mas que una indiferencia para con todos los sentidos que se le quieran dar á la Escritura: y el contentarse con tal profesion de fe, es aprobar de un modo terminante toda clase de religiones. » BOSSUET, *ut supra*.

<sup>1</sup> *Janua Cælorum omnibus reserata*. Obras de Bayle, t. II.

Jurieu no se puede excluir de la salud eterna á ningun herege, ni los judios, ni los mahometanos, ni los paganos; es decir, que aboliendo la verdad, en cuanto ella es la ley de las inteligencias, se proclama la libertad absoluta de creencia, y se establecen tantas religiones como pensamientos pueden ocurrir al espíritu del hombre. Porque, no admitiendo limites el principio de donde se parte, en vano seria imponerlos á estas consecuencias. En cualquier punto que se las haga detener, el principio de donde nacen, reclama, para decirlo así, contra la violencia que se le hace, y triunfa de la conciencia misma, en el tribunal de la inflexible lógica.

Ya lo he dicho, todos los errores están ligados, como lo están todas las verdades; así, tolerar algunos errores, y no otros de ellos derivados, es con arreglo á un sistema religioso fundado en el mero discurso, absolver á una cierta clase de hombres, por su inconsecuencia, y condenar otra, porque ha discurrido mejor. Resístase cuanto se quiera al buen sentido, él vencerá, y la tolerancia universal, como ley general y precisa del er-



ror, establecerá su imperio sobre las ruinas de todas las verdades.

En efecto, partamos del principio que sirve de base al protestantismo, especialmente al sistema de los puntos fundamentales. Siendo la Escritura la única regla de fe, y no habiendo Jesucristo dejado en la tierra alguna autoridad viva, para interpretar la Escritura, cada uno está obligado á interpretarla por sí mismo, ó buscar en ella la Religión en que debe vivir<sup>1</sup>. Su deber se limita á creer lo que le parece enseña la Escritura claramente, y no contradice á su razon; y como ninguno tiene el derecho de decir á los demas: «Yo tengo mas razon que vosotros, mi juicio es mas seguro que el vuestro.» Se sigue de aquí que todo hombre debe abstenerse de condenar la interpretacion de otro<sup>2</sup>, y debe mirar todas las religiones, como

<sup>1</sup> « Todo hombre, » dice el doctor Middleton, « tiene derecho á juzgar por sí mismo, y la diversidad de opiniones es tan natural, como la de gustos. » *Introductory discourse to a free Enquiry into the miraculous powers*, pag. 58.

<sup>2</sup> Esto es lo que Rousseau decia con mucha razon á los ministros de Ginebra, que le condenaban: « Hombres, y sujetos al

tan seguras y buenas como la suya. Además, aunque uno se persuadiera, que solo tiene infaliblemente razon, como nadie es dueño de darse á sí mismo esta infalibilidad, no se podria aun excluir de la salvacion á los que por hipótesis se engañasen, haciendo el mejor uso que se pueda de la razon que han recibido.

Por el mismo motivo, no se puede excluir tampoco de la salvacion á los que no mostrándoles la razon claramente, que la Escritura es inspirada, dudan de la revelacion, ó mas bien la niegan formalmente, porque despues de un maduro examen, se imaginan que hay contra ella argumentos perentorios. La razon, intérprete y juez de la Escritura, siendo en último análisis el fundamento de la fe, seria absurdo, contradictorio, impío, el obligarlos á creer lo que repugna á su razon.

« error, como yo, ¿ sobre qué pretenden ellos, que su razon sea el árbitro de la mia, y yo deba ser castigado por no haber pensado como ellos?... Si lo que os parece claro, á mí me parece obscuro, si lo que juzgais demostrado, no me parece estarlo. ¿ con qué derecho quereis someter mi razon á la vuestra, y darne vuestra autoridad por ley, como si aspirarais á la infalibilidad del Papa? » *Lettres écrites de la Montagne*.



He aquí pues, á los protestantes ó á los indiferentes moderados, obligados ya á tolerar no solo todas las sectas que admiten la Escritura, los arianos, socinianos, independientes sino á los deistas mismos que la desechan, ó por mejor decir que desechan las interpretaciones *humanas* de los protestantes; pues en la realidad admiten la Escritura bajo el mismo aspecto que estos, la interpretan por el mismo método, y, como ellos, no se niegan á creer, sino lo que les parece obscuro y contrario á la razon. Rousseau hace un elogio magnífico de los Libros santos. Se sabe que los leía sin cesar, y *la santidad del evangelio*, decia él, *hablaba á su corazon*<sup>1</sup>. Lord Herbert de Cherbury llama al Cristianismo la *mas hermosa de las religiones*<sup>2</sup>. Todos los deistas tienen el mismo language, y pretenden, negando la revelacion como los socinianos niegan la divinidad de su autor, entender mejor la Escritura que los reformados, y obedecer mas fielmente á Jesucristo, quien no pre-

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Relig. laici.*, pag. 28.

dicó, segun ellos, sino la religion natural<sup>1</sup>.

Se presenta el ateo á su vez, y dice: Yo no reconozco, como vosotros, otra autoridad que la de la razon; yo creo, como vosotros, lo que comprendo claramente, y ninguna otra cosa mas. El calvinista no comprende la presencia real, la niega, y tiene razon; el sociniano no comprende la trinidad, la niega, y tiene razon; el deista no comprende ningun misterio, los desecha ó niega todos, y tiene razon. Conque si la Divinidad es á mis ojos el mas grande y el mas incomprendible misterio, no pudiendo mi razon comprender á Dios de consiguiente no le admite<sup>2</sup>. Yo reclamo, pues, la misma tolerancia que el calvinista, el sociniano y el deista. Nosotros todos

<sup>1</sup> VOLTAIRE. *Profession de foi des théistes. Pièces détachées*, tom. II, pag. 487, édit. de 1773.

<sup>2</sup> La incomprendibilidad de Dios basta, para autorizar los absurdos, y los misterios incomprendibles que de él se dicen. Estos absurdos misteriosos proceden necesariamente de una ficcion absurda, que no puede producir mas que otras ficciones, que la imaginacion extraviada de los mortales hará pulular incesantemente...

« Si el Dios del supersticioso es repugnante y lúgubre, *el Dios del teista será siempre un ser contradictorio*, que vendrá á ser funesto cuando se le llegue á meditar. » *Sistema de la Nat.*, t. II, cap. XIII.



tenemos la misma regla de fe, nosotros excluimos igualmente la autoridad; ¿entonces con qué autoridad se atreverá ninguno á condenarme? Y si yo debo renunciar de mi razon, si me juzgais culpable en escuchar lo que ella me dicte, renunciad tambien vosotros de vuestra razon, que no es mas infalible que la mia. Abjurad vuestra regla de fe, y declarad francamente que todo lo que habeis enseñado hasta el momento, segun está regla, no estriba sobre base alguna, y que si existe la verdad, aun os falta saber cual es el medio de hallarla.

No podrian los protestantes sin abandonar sus máximas rehusar la tolerancia al ateo. Dirán ellos, ¿que hace mal uso de su razon, que no obra con sinceridad? Lo mismo se puede decir del deista, del sociniano, de todos los hereges sin

« La religion protestante es tolerante por principio; es esencialmente tolerante; lo es cuanto es posible serlo, pues que el solo dogma que no tolera es el de la intolerancia. Esta es la barrera insuperable, que nos separa de los católicos, y la que reúne á las otras comuniones entre sí: cada una mira á las otras como que están en el error; pero ninguna mira ó no debe mirar este error como un obstáculo de la salud eterna. » ROUSSEAU. *Lettres écrites de la Montagne.*

excepcion. Esta réplica está sin fuerza en la boca de los sectarios, porque tienen todos un derecho igual de hacersela uno á otro. Lo que el ateo dice del luterano, el luterano lo dirá del ateo. ¿Quién será juez entre ellos? ¿La razon? Pero como á esta se la niega la facultad de juzgar, cada uno quiere que decida ella á favor suyo. Seria resolver la cuestion por la misma cuestion, el llamarla para terminar esta diferencia; es burlarse claramente del sentido comun.

No consigue el protestante mas que poner á descubierto su inconsecuencia, cuando trabaja por fijar limites á la indiferencia, exigiendo la fe de ciertas verdades, que llama el fundamentales. Porque lo primero, no determina qué verdades son estas, y en segundo lugar le es imposible determinarlas. ¿Cómo separar en efecto lo que está unido por su misma esencia? Nada está aislado en la Religion; cada verdad se apoya en otra verdad, que es como su fundamento. Proceden ellas una de otra, se siguen y se penetran; de modo que sin hallar jamas el mas ligero punto de division se remonta de una en otra hasta Dios, manantial eternamente vivo de todas las



verdades. No se podría negar una, sin verse precisado á negarlas todas, y el ateísmo no es mas que la última consecuencia del sistema de los reformados, su complemento necesario: hasta que se le alcance hay contradicción en las ideas.

Parece que Jurieu debió conocerlo, porque no encuentra otro recurso para conservar la Religion, que entregarla al príncipe, ó el de trasformarla en una institucion política, lo cual es el grado mas próximo de indiferencia hácia el ateísmo, ó mas bien el ateísmo puro, como ya lo he mostrado\*. No sufre aun el ministro que se tenga á esta doctrina por dudosa ni un momento, por la urgente precision que de ella tiene la Reforma. Dice: « Es cierto.... que los príncipes son gefes « natos de la Iglesia cristiana tambien como de la « sociedad civil, igualmente dueños de la Religion « como del Estado: » Esto y nada mas es lo que sostienen Hobbes y Shaftsbury. Pero luego que

\* Véanse los capítulos II y III. Tambien se sostuvo esta máxima impía primeramente por un ateo, por Espinosa, á quien se puede considerar, bajo este respecto como uno de los patriarcas de la Reforma. Véase *Tract. theolog. politic.*, cap. últ.

*Tabl. Lett.* VIII, pag. 378. 482.

los príncipes son dueños de prescribir símbolos á su arbitrio, luego que su voluntad es toda la Religion, no debe hablarse mas de la Escritura, de la revelacion, de la verdad; las creencias envilecidas vienen á ser una especie de impuesto, establecido por el soberano con motivo de la razon pública, para el bien del Estado, y que ya él agrava, ó aligera, segun las circunstancias, ó segun sus meros caprichos.

Las revoluciones del culto han seguido entre los protestantes á las de los dogmas, porque en toda Religion el culto es la expresion del dogma.

De una doctrina indigente nace un culto indigente como ella. Por eso cuantos mas dogmas ha conservado una secta, tanta mas vida ha tenido su culto, y tanta mas grandeza y pompa ha conservado. Esto se ve claramente comparando el culto de los luteranos con el de los socinianos. Los independientes, que desechan toda fórmula exclusiva de fe, desechan tambien toda forma exclusiva de culto, y en esto son consecuentes; porque las liturgias son, con respecto á los símbolos, casi lo que las palabras para las ideas: cuando las ideas se pierden desaparecen las pa-



labras, ó á lo mas subsisten como las inscripciones en lengua desconocida, que son monumentos misteriosos de algun pueblo ya desvanecido.

No basta, sin embargo admitir ciertas verdades especulativas, para tener un culto propiamente tal. El deista admite Dios, y no le tributa culto alguno, ó no sabe qué culto darle. ¿Porqué es esto? Porque el deismo no es una Religion, sino una *opinion*. La *fe* propende á manifestarse al exterior por los actos, porque reside principalmente en el corazon, donde está el principio de accion. Las *opiniones* por el contrario no existen sino en el entendimiento; su expresion natural es la palabra. De aquí es que los protestantes, cuyas máximas trastornan el fundamento de la fe, manifiestan desde el origen una mortal aversion á las ceremonias religiosas, ó al culto exterior, Sus frias liturgias, casi únicamente compuestas de preeas enfáticas y secas, excluyen todos los signos sensibles, que son la lengua del corazon: y las inculpaciones de idolatria, que en otro tiempo hacia la Reforma á los católicos, tenia por causa, menos aun la diferencia de doctrinas, que el cambio total que ella

habia hecho en la naturaleza de las creencias. Todos los ritos de un culto magestuoso, sublime expresion de una fe sublime, debieron parecerle opuestos á la esencia del Cristianismo, cuando el Cristianismo vino á ser para ella una simple *opinion*.

Es notorio cuanto á lo demas que el sistema de los puntos fundamentales forzando á tolerar todas las doctrinas, fuerza á tolerar todos los cultos, y conduce naturalmente á la supresion de todo culto, conduciendo á la negacion de todo dogma.

Pero ¿escapará la moral de este naufragio de todas las verdades? ¿Ah! Esto es preguntar si el hombre consentirá en ser inconsecuente, por tener gusto en asolar lo que tiene de mas amado, es decir sus pasiones. Los deberes dependen de las creencias, tantos símbolos, otras tantas morales. Será pues preciso tolerar todas las morales, como se toleran todos los símbolos. La regla de las costumbres entre los cristianos es perfecta, y los preceptos de justicia completos, porque se halla en el Cristianismo toda verdad, y se conserva en él por medio de una regla de fe perfecta. El Mahometismo mezclando el error con la